
OLGA NOVIKOVA
(Universidad Autónoma de Madrid)

*La libertad de un cautivo:
Petr Chaadáev y su tiempo*

I.

En 1836 una revista moscovita llamada *Telescop* publicó la primera de las *Cartas filosóficas dirigidas a una dama*, firmada por Petr Yákovlevich Chaadáev. El nombre del autor no era desconocido en los salones de Moscú y San Petersburgo, pero ésta fue la primera vez que confiaba sus ideas a la prensa. El editor de *Telescop*, Nikolái Ivánovich Nadézhdin, puso muchas esperanzas en la publicación de dicha obra, pues creía que con ella podría dar un nuevo impulso a la revista, que se encontraba en una situación económica apurada. Ninguno de los dos, ni Chaadáev ni Nadézhdin, pudo prever el efecto que iba a producir en el público su primera *Carta filosófica*. El escritor y filósofo Alexandr Herzen, una de las mentes más privilegiadas y de mayor penetración de la época, dijo que la publicación de la carta había sido

“como un cañonazo que retumbó en medio de la noche oscura. [...] ¡Qué poca cosa parecen dos o tres páginas publicadas en una revista mensual! Sin embargo, tal era la fuerza de un discurso pronunciado en voz alta, tan poderosa era la palabra en un país callado [...] que la Carta de Chaadáev conmocionaron a toda la Rusia pensante”¹.

Los resultados de este cañonazo no se hicieron esperar: la edición de la revista de septiembre de 1836 se agotó en seguida. Los ejemplares se pasaron de mano en mano, se prestaron por horas, se hicieron copias manuscritas de la obra o de sus fragmentos; el texto de Chaadáev se discutió ávida y apasionadamente en los salones, los clubes y los cafés de Moscú y San Petersburgo, en los diarios íntimos, en la correspondencia privada y oficial. El Gobierno tampoco quedó indiferente a las ideas de Chaadáev ni la conmoción pública provocada por ellas: la revista fue clausurada, el censor que había dado el visto bueno a la publicación, cesado, el editor de la revista, exiliado. En la casa de Chaadáev se efectuó un registro policial y los agentes se incautaron de los hallazgos subversivos que allí pudieron encontrar: los textos escritos, las cartas y los libros de Chaadáev. Unos días más tarde una orden oficial declaraba enajenado al desgraciado autor y lo ponía bajo vigilancia médica. Curiosamente, esta extraña decisión real parecía inspirarse en una comedia que un viejo conocido de Chaadáev, Alexandr Griboyédov, había escrito algunos años antes. En esa obra de teatro, titulada “La desgracia de ser inteligente”, el personaje principal, Chatski, inspirado en propio Petr Chaadáev y en

¹ Alexandr Ivánovich HERZEN: *Pasado y pensamientos*, Tecnos, Madrid, 1994, pág. 100.

algunos de sus amigos, es considerado loco por la sociedad moscovita, que asistía con estupefacción e indignación a su discurso libertario.

A pesar de la prohibición (nunca más Chaadáev pudo publicar nada), la posición de Petr Chaadáev dentro de la sociedad rusa no cambió. Pasados los primeros y más duros meses tras la publicación de la *Carta filosófica*, el autor siguió gozando de un enorme prestigio tanto entre los conservadores como entre los revolucionarios, tanto entre los eslavófilos como entre los occidentalistas, tanto entre las personalidades oficiales como entre el público común. Alexandr Herzen describió la fila de ministros, damas de la corte, periodistas y profesores universitarios que acudían por las mañanas a la casa de Chaadáev para presentarle sus respetos y que lo buscaban en las recepciones vespertinas para preguntarle su opinión o escuchar de sus labios alguno de sus nuevos y cáusticos aforismos.

Esta extraña y poderosa atracción que despertaba la figura del “filósofo de la calle Basmánaia” no disminuyó con el tiempo. Tampoco desapareció el amargo sabor a escándalo que provocaron sus ideas. A lo largo de los cambios políticos (autocracia, monarquía parlamentaria, república democrática, comunismo), las obras de Chaadáev siguieron suscitando sospechas en gobernantes de signo ideológico muy diverso. A principios del siglo XX, en el año 1913, casi ochenta años después de la publicación de la primera *Carta filosófica*, el historiador de la cultura rusa Mijaíl Hershenson editó los principales textos de Chaadáev. Esta edición, incompleta y defectuosa, siguió siendo la única disponible en Rusia durante más de setenta años. Hubo que esperar a la apertura de la *perestroika* para que a finales de la década de 1980 se publicaran las obras de Petr Chaadáev en su versión más completa.

Esta singular posición de Chaadáev dentro de la cultura rusa, así como el hecho de que sus ideas sigan suscitando polémica en la actualidad y que las páginas de los periódicos y las revistas rusas continúen publicando apasionadas apologías o coléricas condenas de sus ideas, demuestra que el legado de Chaadáev permanece vivo (por ejemplo, cuando en 1998 una editorial rusa quiso publicar un libro dedicado a la valoración de ideas del filósofo, el resultado fue un grueso volumen de 877 páginas, titulado *P. Ya. Chaadáev: pro et contra*²). En consecuencia, resulta inevitable plantear la pregunta: ¿cuál es la enseñanza que puede ofrecernos este peculiar pensador en pleno siglo XXI?

Las respuestas a esta pregunta podrían ser distintas. En mi opinión, la lección más importante que ofrecen la vida y las ideas de Chaadáev es el conocimiento de lo que el tiempo puede hacer con el hombre, y lo que el hombre puede hacer con el tiempo.

Hermoso, noble, brillante y poseedor de un enorme carisma, el joven Chaadáev vivió rodeado de una admiración y un respeto casi universales. Le tocó una época en la que el recuerdo del enorme cambio social e intelectual desencadenado por las ideas del Siglo de las Luces, cambio que se materializó en la Revolución Francesa, era todavía palpable. Como muchos otros hombres de su tiempo, Chaadáev creía que la transformación, que hasta entonces sólo había sido parcial e imperfecta, no había hecho más que empezar. Para contribuir a esta colosal remodelación de todas las relaciones sociales, Chaadáev ingresó en una sociedad secreta de origen masónico cuyos miembros, los decembristas, soñaban con la constitución, la instauración de la república,

² *P. Ya. Chaadáev: Pro et contra. Líchnost i tvorcestvo Petra Chaadáeva v otsenke rússkij myslítelei i isslédovatelei*, Izdatelstvo Rússkogo Jristiánskogo gumanitárnoho instituta, San Petersburgo, 1998.

la liberación de los siervos y el reconocimiento de las libertades cívicas. Era una época grandiosa y heroica: jóvenes militares en su mayoría, al igual que Chaadáev, acababan de derrotar a las tropas de Napoleón, habían aceptado la capitulación de París y volvían a Rusia, inspirados por los ideales de la libertad, la fraternidad y la igualdad. Todos ellos vivían a la espera de nuevos acontecimientos históricos que cambiaran para siempre el mundo. Entre los decembristas estaba la flor y nata de esa generación, y muchos estaban convencidos de que la Historia reservaría sus mejores páginas a estos jóvenes patriotas. Chaadáev era amigo íntimo de los principales conspiradores, hombres brillantes entre los que se encontraba el joven Alexandr Pushkin y que confiaban en la genialidad de Chaadáev a la hora de glorificar su nombre.

No obstante, unos años más tarde y de una forma absolutamente inesperada, Chaadáev abandonó el círculo de los decembristas para viajar al extranjero. Posiblemente no estaba de acuerdo con el cambio de táctica acordado por los conspiradores en el sentido de recurrir a la violencia para alcanzar sus fines. Chaadáev temía que se repitiese la amarga experiencia de la Revolución Francesa, que había empezado con nobles propósitos y había acabado ahogada en sangre. Chaadáev viajó durante tres años, de 1823 a 1826, durante los cuales conoció a Schelling, quien le consideró el “ruso más inteligente”, asistió a conferencias de filosofía romántica y leyó con avidez. En esos años pensó mucho y elaboró nuevos proyectos intelectuales, pero probablemente no estaba preparado para afrontar una nueva experiencia que resultó ser una de las más traumáticas de su vida. Cuando en 1826 atravesó la frontera occidental de Rusia, Chaadáev no pareció entender que estaba entrando en un país que ahora era desconocido para él. El año anterior, en diciembre de 1825, en una plaza de San Petersburgo se había producido la rebelión de los decembristas. Sus amigos habían apostado y habían perdido.

Chaadáev regresó al desierto. Casi todos sus amigos estaban en Siberia, el debate libre de los problemas sociales e intelectuales había terminado, la prensa publicaba únicamente los discursos oficiales y todo signo de discrepancia había desaparecido. La sociedad, asustada, repetía las expresiones del poder establecido oficiales o simplemente callaba. “Hablar era peligroso, y no había de qué hablar”, dijo Herzen ³. Ya no quedaba nadie que apreciara a Chaadáev o que pudiera compartir sus inquietudes. Al frente del Estado habían aparecido nuevos hombres: intelectualmente pobres, eficaces, fríos, sin escrúpulos. Chaadáev se encerró en la absoluta soledad en su casa y allí vivió sin ver a nadie durante varios años.

En su voluntario exilio encontró la fórmula que se convertiría en el lema de su vida:

“Si la vida nos es hostil, si el tiempo nos es adverso, seamos geniales, seamos creativos, pensemos. Sólo así podremos vencer las adversidades, sólo así podremos cumplir nuestra misión.”

Muchos se habían rendido, se habían consumido maldiciendo las circunstancias y la imposibilidad de hablar. Chaadáev pensó, polemizó en los salones privados (ya que no era posible trasladar el debate a la escena pública), escribió cartas (ya que no podía publicar libros), las hizo copiar a mano y las hizo circular entre sus amigos. Nunca se mostró hostil al poder establecido, simplemente vivió dándole la espalda. No se dignó a

³ Alexandr Ivánovich HERZEN: *Pasado y pensamientos*, cit.

quejarse, a lamentar la mordaza que le tapaba la boca. Actuó como si fuera libre y, tal vez, por eso siempre lo fue.

Desde Necrópolis, la ciudad de los muertos, desde la Moscú de la década de 1830, el decenio de la más dura represión del duro reinado de Nicolás I, publicó su famosa *Carta filosófica*. Ésta carta iba a ser la primera de una serie destinada a presentar el pensamiento de Chaadáev en su totalidad, pero el escándalo que provocó hizo imposible la publicación de nuevas cartas. La lectura de esa primera carta deja la impresión de que las ideas están expuestas de una manera fragmentaria, incompleta. Por eso, para entender mejor esas ideas, intentaremos colocarlas en el contexto del pensamiento de Chaadáev.

II.

Herederero del Siglo de las Luces, el filósofo partía de una profunda convicción que hoy en día pocos estarían dispuestos a suscribir: según él, el género humano avanzaba hacia el progreso, o, como decía él mismo, hacia la “instauración del régimen perfecto en la tierra”. Las connotaciones cristianas de esta expresión evidencian que Chaadáev había abandonado el gélido deísmo de los *philosophes* para abrazar una fe cristiana más personal. Los ilustrados creían que la divinidad no participaba en los asuntos humanos; la humanidad misma debía librarse de la carga de los prejuicios y organizar su vida de una forma más racional, acorde con las leyes eternas de la naturaleza. En el pensamiento de Chaadáev los acentos han cambiado: siguiendo a los románticos, sostenía la idea de que Dios había ideado “un plan” para la Historia humana y los pueblos habían de descubrir su participación en ese plan –su “idea”– y ponerla en práctica. El cumplimiento de ese plan significaría “la conclusión de los destinos del género humano”⁴ y el final del tiempo.

Los dos temas de este razonamiento –el conocimiento y tiempo–, son igualmente importantes para el pensador ruso. El deber de los pueblos es conocer su idea, su “pensamiento” en el lenguaje de Chaadáev o, utilizando una metáfora moderna, su papel en el drama universal. Una vez que todos los actores interpreten sus papeles se cumplirán los destinos del mundo y el tiempo desaparecerá. Dejemos que el propio Chaadáev explique la vinculación íntima que veía entre ambas ideas:

“... sostengo que el bien, así como la eternidad, que no es otra cosa que el bien absoluto, es el último objetivo del conocimiento, y la idea del tiempo, en la que el espíritu humano se ha encerrado voluntariamente a sí mismo, es uno de los prejuicios más opresivos de nuestra lógica [las cursivas son nuestras].”⁵

Pensar, para Chaadáev, equivalía a conocer, y conocer equivalía a vivir. Según sus palabras:

⁴ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobraniie sovchinenii i izbrannye pisma*, vol. II, Naúka, Moscú, 1991, pág. 71.

⁵ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobraniie...*, cit., vol. II, pág. 104. Chaadáev escribía algunos textos en francés; otros de sus escritos son bien conocidos en ruso. En todo caso, los textos que aquí se transcriben han sido vertidos al castellano por la autora.

“Todos los fenómenos del mundo físico se reproducen en el mundo intelectual. El pensamiento reproduce en su interior todo el movimiento de la naturaleza. Pero él conoce y la naturaleza no. Su vida es el conocimiento, mientras que la vida de la naturaleza es el movimiento pasivo. Cuando el pensamiento deja de conocer, deja de existir. Por eso el Salvador ha dicho: ‘La vida eterna es conocerte, padre mío’.”⁶

Pero Chaadáev comprendía la existencia, o la vida, como él decía, de una forma muy especial.

“El hecho es que la verdadera muerte se halla esencialmente en la vida. Estamos muertos, absolutamente muertos durante la mitad de la vida; no como una hipérbole, no figuradamente, sino muertos de verdad, muertos en serio. [...] La vida sin cesar se nos escapa y vuelve de nuevo; pero eso no significa que vivamos permanentemente. La vida de la inteligencia se interrumpe siempre que se pierde la conciencia. Cuanto más se produzcan esos momentos, menos vida intelectual habrá; y si sólo se dan tales momentos, eso será la muerte. Para morir de tal manera no hace falta abandonar esta vida.[...] Cuando hablo de la conciencia no me refiero en ninguna manera a aquella conciencia ideológica sobre la cual se asienta la filosofía moderna, simple sentimiento de nuestra existencia. Me refiero a esa otra conciencia que hace que no solamente nos sentimos vivos, sino que sepamos también cómo vivimos. Es el poder que se nos ha dado de actuar en cada momento del tiempo continuo, sobre el momento siguiente, de hacer nosotros mismos nuestra vida, en lugar de dejar que pase como lo hacen las bestias. La pérdida definitiva de esta conciencia es lo que mata de una forma irremediable...”⁷

Con la idea de la muerte también estaba relacionada la idea de separación, o multiplicidad, como él la llamaba. Este último término requiere, tal vez, una explicación. Chaadáev creía que la capacidad humana de vivir, es decir, de conocer (*connaître*), se debía a que la razón individual procedía de la razón absoluta. La separación de la fuente divina de la razón dificultaba la capacidad cognitiva humana. Para salvar este obstáculo había que intentar volver a la unidad perdida.

“La idea de lo múltiple se confunde en mi espíritu con la de la aniquilación, la idea de la unidad con la de la eternidad. Así, la aniquilación representa para mí el mal, la eternidad el bien: el mal sólo tiende a la destrucción, el bien sólo a la duración. Por consiguiente, lo mismo es la eternidad, el bien o la vida.”⁸

Es importante subrayar que estas ideas de Chaadáev no sólo se referían a la existencia individual, sino también a la vida de los pueblos. Chaadáev creía que “los pueblos son seres morales tanto como los individuos”⁹, [...] por consiguiente, la misma ley rige la vida intelectual de unos y otros”¹⁰. Hay que añadir que, en la época en que le tocó vivir, creyó percibir un movimiento poco común en el “seno del mundo moral”¹¹.

El anhelo de la instauración del orden perfecto en la Tierra se complementaba en el pensamiento de Chaadáev con el rechazo del mundo en que vivía. Hablaba del

⁶ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. I, pág. 225.

⁷ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. I, págs. 219 y 220.

⁸ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. I, pág. 215.

⁹ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. I, pág. 93.

¹⁰ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. I, pág. 163.

¹¹ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. II, pág. 69.

“malestar inabordable de la sociedad vieja”¹², pero temió y predijo al mismo tiempo la victoria del socialismo: “no porque él [el socialismo - O. N.] tenga razón, sino porque se equivocan los que luchan contra él”¹³. La verdadera solución a los problemas sociales, a los que el filósofo siempre era muy sensible, no se encontraba, según él, en la vía de la revolución política, sino en una transformación moral e intelectual. Algunos años después de la publicación de la primera *Carta filosófica*, Chaadáev encontró casualmente un libro que ofrecía una visión muy semejante a la suya. Entusiasmado, el filósofo tradujo para sí mismo algunos fragmentos de *Prolegomena zur Historiosophie* publicado en 1838 en Berlín por un autor hegeliano llamado A. Czieszkowski. Estos fragmentos coincidían con sus propios pensamientos.

“Es necesario” –traducía Chaadáev– “que el pensamiento absoluto se confunda finalmente con la existencia absoluta [...]; es necesario que la unidad de las dos naturalezas, de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, deje de residir únicamente, de acuerdo con una teoría obsoleta, en la sensación individual [...]; es necesario que esta unidad no se genere ya por otra cosa que por su propia energía, o por el efecto de la voluntad de la mente universal que se manifiesta en el acto [...] Esta nueva fase de su progreso debe ser considerada como una auténtica rehabilitación de la materia, como el acuerdo final de la Idea con la Realidad. Para la humanidad va a llegar una nueva era; el principio social, en su más vasta extensión, va a formularse con el mismo rigor con el que se formularon previamente los principios de la moral y del derecho; las relaciones entre la familia y la sociedad, entre la sociedad y el estado, constantemente dominados hasta ahora por las condiciones en las que se establecieron, van a constituirse de una manera definitiva. Este estruendo tempestuoso que oís retumbar de uno a otro confín de la Tierra no es sino la gran voz del género humano declarando la alta necesidad del día. Un momento más y el hombre saldrá para siempre de las esferas de la abstracción y se convertirá en el auténtico ser social; las sociedades individuales abandonarán su soledad y se establecerán de buena fe en el seno de la gran familia de las naciones; el estado de naturaleza en que todavía viven los pueblos unos frente a los otros será sustituido por el estado de una sociedad universal; en fin, la humanidad, cuya idea apenas se entendió en los tiempos pasados, va a construirse de una manera viva, concreta, real, y va a convertirse en esa humanidad perfecta cuyo nombre verdadero es la Iglesia de Dios. Es así como el espíritu universal, al realizarse en la Belleza, en la Verdad y en el Bien, viene a ordenarse como un todo orgánico y a constituirse en el Absoluto.”¹⁴

Este magnífico objetivo sería alcanzado, según A. Czieszkowski, mediante una nueva filosofía de la historia. Antes, la filosofía de la historia sólo explicaba el pasado, ahora pronosticaría el futuro. Años atrás, Chaadáev había predicho:

“Vean ustedes que la crítica histórica ya no será una curiosidad vana, sino la más augusta de las magistraturas. Ejercerá una justicia implacable sobre los brillos y grandezas de todas las épocas; [...] para que, al someter con todo rigor el pasado a la razón, pueda deducir de él consecuencias ciertas en relación con el presente y orientar su mirada con alguna seguridad hacia los espacios infinitos del porvenir.”¹⁵

¹² Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. II, pág. 71.

¹³ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. I, pág. 269.

¹⁴ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. I, págs. 267 y 268.

¹⁵ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. I, pág. 163.

Dicho de otra manera, esta transformación casi cósmica de que nos hablan Chaadáev y Czieskowski debía realizarse por medio de un esfuerzo intelectual. El filósofo debía conocer el pensamiento de Dios sobre la nación; la nación, junto con las otras naciones, debía seguir el plan divino, lo cual conllevaría automáticamente al final del tiempo y a la instauración del Reino de los Cielos en la Tierra. En este sentido, como en algunos otros, Chaadáev seguía siendo un hijo fiel de la Ilustración. Le parecía que bastaba con anunciar la verdad para que ésta fuera apoyada por todo el mundo, para que fuesen sorteados todos los obstáculos.

Probablemente Chaadáev tenía en mente todas estas ideas cuando hablaba de la “religión política” o la “religión de las cosas”, distinta de la religión de los teólogos¹⁶, cuando deseaba esclarecer para sus amigos el “misterio” de su tiempo¹⁷. La publicación de la *Carta filosófica* fue un intento de hablar a toda una nación, de revelar el “misterio del tiempo”, de juzgar su pasado para predecir (y cambiar) su futuro. El hecho que sólo una parte minoritaria de la sociedad pudiera conocer sus ideas (pues la mayor parte del pueblo no tenía la posibilidad de acceder a la lectura de las revistas literarias) no desalentaba a Chaadáev. Consideraba que

“las masas se someten a unas determinadas fuerzas situadas en las cumbres de la sociedad y no piensan por sí mismas. En su interior hay cierto número de pensadores que reflexionan por sí mismos, impulsando la inteligencia colectiva y poniéndola en marcha. Mientras una parte pequeña medita, el resto siente, y el resultado es el movimiento general.”¹⁸.

La primera *Carta filosófica* estaba construida en forma de conversación con una de las seguidoras del autor. Chaadáev tenía un éxito especial entre las damas, y además prefería dirigirse a ellas, ya que consideraba que el papel de las mujeres era “civilizar” las costumbres de la sociedad. Al mismo tiempo, el hecho de que el autor se dirigiera a una dama situaba la carta inmediatamente, de acuerdo con las convenciones de la época, fuera del contexto político. Se creía que las mujeres podían interesarse por la moral, por la filosofía o por la religión, pero carecían de interés político en una sociedad que les negaba el derecho a participar en la vida social.

Chaadáev empezaba por considerar las causas que impedían que su corresponsal llevase una vida espiritual regular y ordenada. Fiel a su idea de considerar las leyes comunes que dominaban la vida de las personas y la de los pueblos, él veía en la dificultad individual un mal general:

“Mire a su alrededor [...] No hay una esfera determinada de existencia para una persona, ni buenas costumbres, ni reglas para cosa alguna. [...] En nuestras casas parecemos estar de acampada; en nuestras familias tenemos un aire de extranjeros, en nuestras ciudades, nos sentimos nomadas...”¹⁹.

¹⁶ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobraniiie...*, cit., vol. II, págs. 71 y 101.

¹⁷ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobraniiie...*, cit., vol. I, pág. 66.

¹⁸ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobraniiie...*, cit., vol. I, pág. 95. Cito por el libro: *Rusia y Occidente*. Estudio preliminar y selección de Olga NOVIKOVA. Traducción y notas de Olga NOVIKOVA y José Carlos LECHADO, Tecnos, Madrid, 1997, pág. 25.

¹⁹ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobraniiie...*, cit., vol. I, pág. 90. Cito por *Rusia y Occidente...*, cit., págs. 17 y 18.

Las causas de esta lamentable situación se encontraban en el pasado, lo cual permitía al autor de la Carta “ejercer una justicia implacable” sobre el desarrollo histórico de Rusia.

Chaadáev consideraba que existían dos principales fuerzas creativas que permitían la función cognitiva de la razón universal: el raciocinio y la acción, simbolizados por Occidente, y la imaginación y el ensimismamiento, desarrollados por Oriente. Rusia se encontraba entre estos dos grandes mundos sin pertenecer a ninguno. Cristiana, como otros países europeos, al seguir a Bizancio en el Gran Cisma “traicionó el principio vivificante de la unidad”. Como resultado (ya sabemos que en el pensamiento de Chaadáev la multiplicidad era vista como algo muy negativo, siendo sinónimo de destrucción y muerte), Rusia pertenecía al mundo de los muertos (de ahí el nombre de Necrópolis que dio a Moscú), es decir, al mundo de las naciones que no habían vivido de una forma consciente.

La crítica que hacía el filósofo del pasado y del presente ruso era abrumadora:

“La experiencia de los tiempos no existe para nosotros. Al contemplar nuestra situación se podría decir que la ley general de la humanidad ha sido revocada para nosotros. Solitarios en el mundo, no le hemos dado nada ni nada suyo hemos tomado, no hemos aportado ni una sola idea a la masa de las ideas humanas, no hemos contribuido en nada al progreso del espíritu humano y hemos desfigurado todo lo que nos ha venido de este progreso. Desde el primer instante de nuestra experiencia social, nada emanó de nosotros para el bien común de los hombres; ni un solo pensamiento útil germinó en el suelo estéril de nuestra patria, ninguna gran verdad fue lanzada desde nuestro entorno; no hemos molestado en imaginar por nosotros mismos, y de lo que imaginaron los demás hemos tomado únicamente apariencias engañosas y un lujo inútil.”²⁰

Citas como ésta se encuentran a cada paso en el texto de la *Carta...*

En cambio, otros pueblos de Europa, aseveraba Chaadáev, avanzaban a través de los siglos mano a mano, inspirados por la misma visión del cristianismo. Gracias a ello, esos pueblos habían logrado crear “un mundo social”, basado en las ideas del deber, la justicia, el derecho y el orden.

III.

Al leer la famosa obra de Chaadáev resulta forzoso preguntarse por qué el filósofo publicó en Moscú un ataque tan despiadado contra la cultura y la historia rusas. En este momento, las relaciones de Rusia con muchos países europeos eran tensas, y seguramente no le hubiera sido muy difícil encontrar un editor en Occidente. Es una pregunta importante, ya que permite proyectar una nueva luz sobre las ideas de Chaadáev. La respuesta se encuentra en unas cartas privadas que el pensador escribió antes de la publicación de su polémica obra.

En 1834, Chaadáev escribió lo siguiente dirigiéndose a Petr Viázemski, un literato con talento y uno de los pocos amigos que le quedaban de aquella brillante generación de los decembristas:

²⁰ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobraniie...*, cit., vol. I, pág. 96. Cito por *Rusia y Occidente...*, cit., pág. 25.

“Como usted entenderá, no me sería difícil publicar esto en el extranjero. Pero creo que, para conseguir el resultado necesario unas determinadas ideas deben proceder de nuestro país, de Rusia. Esta opinión forma parte del conjunto de mis pensamientos. Nos hallamos en una situación totalmente particular en cuanto a la civilización universal, y esta situación todavía no ha sido valorada como es debido. Pensando sobre lo que pasa en Europa, somos más imparciales, fríos, indiferentes y, por consiguiente, más objetivos que los europeos en relación con los problemas sobre los que se debate. Lo cual significa que hasta cierto punto somos un árbitro establecido para examinar todos los principales problemas del mundo. Estoy convencido de que nos corresponde la tarea de resolver los grandes problemas intelectuales y sociales, porque estamos libres de la dañina influencia de los prejuicios y las supersticiones que llenan la mente de los europeos. [...] El pasado les oprime con una pesada carga de recuerdos, hábitos y costumbres y les subyuga hagan lo que hagan.”²¹

En otra carta, escrita un año más tarde, Chaadáev dijo cosas que precisaban y aclaraban aún más su postura:

“Rusia es demasiado poderosa para llevar a cabo una política nacional; su tarea en el mundo es realizar la política de toda la humanidad. [...] Llegará un día en que nos convertiremos en el centro intelectual de Europa, de la misma manera que ahora somos su centro político, y nuestro futuro poder, basado en la razón, superará nuestro poder actual, que se apoya en la fuerza material. Éste será el resultado lógico de nuestra larga soledad: todo lo grande siempre había venido del desierto.”²²

En esta misma carta el filósofo dejaba ver con una triste determinación que no guardaba ilusiones acerca del recibimiento que tendría la publicación de sus ideas: “Usted sabe que desde hace mucho tiempo estoy preparándome para la catástrofe que será el desenlace de mi historia”²³.

Como ya hemos visto, Chaadáev no se equivocó al prever el desastroso desenlace de la publicación de sus ideas. La implacable dureza con la que la *Carta* trataba la historia rusa (recordemos que el texto publicado no hacía ninguna alusión a la futura grandeza del país) provocó un gran debate y una viva indignación, además de la represalia gubernamental. Chaadáev, que “amaba de su país sólo su futuro”²⁴, conscientemente exageró, según su propia confesión, la visión negativa del pasado ruso. Creía que un choque emocional sacaría a la sociedad rusa de su letargo y la despertaría a la conciencia, rompería el sueño de la razón. Tampoco se equivocó en este sentido. Visto desde este ángulo, el resultado fue un éxito: los muertos de Necrópolis se levantaron.

Es difícil compartir muchas de las ideas de la *Carta*; algunos pasajes son poco claros, debido a que se basaban en conversaciones que Chaadáev había mantenido oralmente. Lo que afirmó el filósofo sobre la civilización rusa es injusto y, peor aún, incierto. Chaadáev redactó su obra en una época en que el estudio serio de la historia y la cultura rusas sólo acababa de empezar, y por lo tanto aún se desconocían muchas cosas. Tampoco sus reflexiones sobre la naturaleza de Occidente resultan convincentes para el lector moderno: todo el sistema de argumentación que empleó Chaadáev está

²¹ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. II, págs. 88 y 89.

²² Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. II, págs. 96 y 99.

²³ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. II, pág. 101.

²⁴ Petr Ya. CHAADÁEV: *Pólnoe sobranie...*, cit., vol. II, pág. 92.

basado en una interpretación histórica que posteriormente quedó obsoleta como consecuencia del desarrollo de la ciencia histórica. El verdadero valor de la publicación de su Carta filosófica fue el hecho de representar una voz libre que sonaba en un ambiente represivo. Aunque Mijaíl Hershenson estaba convencido de que Chaadáev, filósofo religioso, fue erróneamente considerado un pensador revolucionario, lo más seguro es que fuera él quien se equivocaba y no los contemporáneos, quienes unánimemente interpretaron la publicación como una protesta, una proclama de la disidencia. Así la interpretó el Gobierno, que prohibió la obra, y así la entendió el público, que ensalzó o condenó a quien se había atrevido a hablar y a pensar.

Durante muchos años, Chaadáev reflexionó sobre el tema del primer impulso que pone en marca el complicado proceso de la civilización. Su *Carta* resultó ser este impulso inicial para el despegue de la nueva filosofía rusa. En la polémica que siguió a la famosa publicación de *Telescop* nacieron las principales tendencias de la filosofía rusa moderna. El pensamiento de Chaadáev es complejo y heterogéneo, y tanto los pensadores religiosos como los revolucionarios, tanto los eslavófilos como los occidentalistas pueden con derecho reclamar su herencia. Todas estas corrientes, aparentemente opuestas, comparten el interés por la “instauración en la Tierra del orden perfecto de las cosas”, otro legado de Chaadáev a la tradición filosófica rusa.

El tiempo en que le tocó vivir le privó a Chaadáev de muchas cosas: de su círculo de personas próximas, que compartían con él opiniones y recuerdos, de la posibilidad de hacer una carrera brillante, de entrar en la Historia como protagonista principal, al estilo de Napoleón o Danton, o, en expresión de Pushkin, al estilo de Bruto o Pericles.

Pero Chaadáev finalmente triunfó sobre su tiempo y sus enemigos. La palabra y la actitud libre de un hombre privado de libertad, una vida convertida en una obra filosófica, en una obra maestra: éstas son las lecciones más preciadas del autor de las *Cartas filosóficas*.